



Me dispongo a la oración con estos textos

“ Orar, por tanto, equivale a Vivir. Vivir la vida de los hijos de Dios, haciendo la voluntad del Padre. Entonces, verdaderamente soy hijo de Dios, cuando haga Su Voluntad y no la mía. Trabajando y descansando, comiendo y holgándome, hablando y callando, todo, todo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.V. 423

“ El criterio para evaluar nuestra vida es ante todo lo que hicimos con los demás. La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos.

Por la misma razón, el mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia.

–Gaudete et exsultate, 104-105

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

La oración alimenta la entrega cotidiana de amor en la experiencia del Secretariado diocesano de Pastoral del Trabajo de Plasencia [acompañando a las víctimas de la siniestralidad laboral](#), en el trabajo de la asociación [Salamanca Acoge y la vida de Jacqueline](#), en la iniciativa [Iglesia por el Trabajo Decente](#), en [el trabajo de Antonio](#), para tender puentes entre la Iglesia y el mundo obrero.



Alimenta la entrega de compromisos cotidianos y sencillos que alumbran un mañana –y un presente– nuevo. También quiero que alimente los míos.

Cambiar, para cambiar el mundo

*Señor, ayúdame a cambiar para cambiar el mundo.
Necesito renovar el corazón,
la mirada, mis modos de hacer,
para no terminar en un museo.*

*Y no es solo renovar lo viejo:
es permitir que el Espíritu Santo cree algo nuevo.
Señor, vacíame de mis esquemas para hacer sitio a tu Espíritu
y dejar que sea Él quien haga nuevas todas las cosas.
Él nos envía, nos acompaña, nos inspira;
Él es el autor de la misión, y no quiero domesticarlo ni enjaularlo.*

*Haz que no tenga miedo de la novedad que viene de Ti,
Señor Crucificado y Resucitado.
Que mi misión sea comunicar tu vida, tu misericordia, tu santidad.*

Enséñame a amar como Tú para cambiar el mundo. Amén.



Hoy me dice LA PALABRA...

Lucas 18, 1-8. Es necesario orar siempre, sin desfallecer



Les decía una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer.

«Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario".

Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme"».

Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?».

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Con esta parábola Jesús vuelve a insistir en dos cosas importantes: la necesidad de orar siempre, sin desanimarnos, y la bondad y la justicia de Dios que escucha y acoge siempre el grito de los oprimidos.

La viuda simboliza la situación límite del pueblo que exige justicia a sus dirigentes, a pesar de que se la nieguen sistemáticamente. La insistencia de la viuda vence la resistencia del juez injusto, del mismo modo que la fidelidad en la lucha por la justicia acaba por vencer el mal que causa el dolor y la injusticia. Y si esto sucede con nuestras luchas, Jesús nos invita a considerar el poder de la oración perseverante que pone en manos de Dios nuestra vida porque Dios –que es infinitamente mejor que el juez injusto– escucha y acoge siempre nuestra oración. No es un Dios impasible.

Gritar día y noche es la oración de los oprimidos por este sistema injusto que claman por un cambio de estructuras. Perseverar junto a ellos, en la oración y el compromiso, es la constancia de nuestro vivir en Cristo. La primera respuesta de fe al amor de Dios en nuestra vida es entrar en ese continuo diálogo amoroso con Dios.

Muchas veces podemos malvivir y entender la oración como el recurso desesperado de quien no tienen más remedio que acudir a Dios para resolver los conflictos, de modo que resuelva mági-



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XXIX Domingo del Tiempo Ordinario C • 16 octubre 2022 • www.hoac.es



camente lo que a nosotros nos toca enfrentar. Pero, al contrario, la oración nos hace conscientes de las propias posibilidades y de la acción liberadora de Dios en la historia cuando nuestra vida se convierte en cauce de su acción amorosa, misericordiosa y plena de justicia. La oración es la expresión de nuestra fe.

¿Pervive en nosotros esa fe con ansias de justicia que nos hace vivir en la continua presencia amorosa de Dios en nuestra vida? ¿Es esa fe la que nos hace vivir de manera orante el ser y el hacer, vinculando fe y justicia? ¿Es esa fe la que nos hace comprender nuestra vida como misión?

¿Para qué sirve orar? Esta puede ser la pregunta que nos hacemos cuando entendemos, de manera funcional, la oración como un instrumento para lograr unos objetivos determinados. Pensamos que lo importante es la acción, el compromiso, la planificación, la cantidad de cosas que tenemos que hacer, y la oración «nos hace perder el tiempo». Por eso la dejamos para el último momento, para poder decir que cumplimos y oramos, apresuradamente. Quizá nos falta introducirla desde la fe en nuestra vida para llegar a ser hombres y mujeres de oración. Hombres y mujeres cuya vida está sostenida por la oración, por el encuentro cotidiano con Dios, por el vivir conscientemente, siempre y en toda circunstancia, en la presencia amorosa de Dios que acogemos.

La oración es eficaz porque nos hace vivir con fe y confianza en Dios, en fraterna solidaridad con nuestras hermanas y hermanos; porque nos hace más creyentes y humanos, porque nos hace «pensar como Él, trabajar con Él, y vivir en Él».

Es eficaz porque nos da la gracia de amarle con todo nuestro corazón y de servirle con todas nuestras fuerzas. Porque nos permite escuchar a Dios, escuchar el grito de los pobres, y el lamento de la creación. Es eficaz porque nos ayuda a remover cuanto egoísmo nos impide construir la fraternidad.

Es eficaz porque reanima nuestra esperanza, fortalece nuestro anhelo de justicia, nos ayuda a crecer en misericordia al modo de Dios, alivia nuestro cansancio y nos fortalece en la debilidad. Es eficaz porque nos hace sentir el abrazo amoroso de Dios.

No se trata de rezar mucho, repitiendo palabras rituales que poco o nada tienen que ver con la vida, sino –como decía Eugenio Merino– de orar. El mantener este tono y equilibrio requiere una profunda espiritualidad, también de encarnación. Hay que sentirse delante de Dios responsable y solidarios de la Iglesia y del mundo al mismo tiempo. Hay que oír en la oración cómo salen del corazón de Dios palabras que expresan su amor hacia cada persona, hacia este mundo que creó por amor, y hacia la Iglesia. El apóstol cristiano, sostenido y nutrido por esta espiritualidad, se sentirá dispuesto a la comunión con todos, a amar a todos, a pagar por todos, a comprender, a aceptar, a colaborar, a respetar mentalidades, vidas, culturas, instituciones, actuaciones individuales y colectivas, deseoso únicamente de instaurarlo todo en Cristo.

¿Qué necesito para crecer en ese ser persona de oración?



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre



Quiero pedirte

Quiero pedirte prestados tus ojos
para poder contemplar mis cegueras.
Pedirte prestados tus brazos
para tomar mi camilla y ponerme de pie.
Pedirte prestadas tus entrañas
para llenarme de tu misma misericordia.
Pedirte prestado tu corazón
para hacer de mi vida un sacramento de tu amor.
Pedirte prestada tu oración
para poder ser contemplativo en la acción.
Pedirte prestadas tus lágrimas
para aprender a sonreír con los demás.
Pedirte prestado tu peregrinar
para nunca instalarme.
Pedirte prestada tu autoridad de Mesías
para sólo dejarme conducir y llevar.
Pedirte prestada tu encarnación
para que sin perder de vista el Reino
me embarre cada día con nuestra historia.

(Marcos Alemán, sj)

Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día,
nuestro trabajo, nuestras luchas,
nuestras alegrías y nuestras penas...
Concédenos,
como a todos nuestros hermanos de trabajo,
pensar como Tú, trabajar contigo, y vivir en Ti.
María, madre de los pobres, ruega por nosotros.